

DOSSIER

Diecisiete años después¹

Este texto lo escribí por primera vez el 2016, bajo el frío de los nevados de Chacas; una copia de aquél, don Pablo Macera lo leyó y sonrió, cinco años luego, con mucha nostalgia vuelvo a retomarlo.



Figura 1. Retrato de Israel Tolentino y Pablo Macera en la secretaría del Seminario de Historia Rural Andina. Fotografía: Israel Tolentino.

Siempre he sido un pintor sin taller. En el año de 1995, ingresé a la Escuela Nacional Superior Autónoma de Bellas Artes (ENSABAP) «conocía algo de arte», Víctor Humareda, Julio Quispejo, a quien había conocido personalmente en la casa donde vivía entonces, casa de mi tío Romeo, pintor autodidacta amigo de varios pintores como Pimentel, Nang Ho y Zavala, Loayza. En 1992, cuando el terrorismo ponía en jaque la capital, había llegado a Lima; venía de Ambo, una de las tantas provincias pobres y acechadas por el terror en Huánuco. Estudiar arte no estaba en mis planes, me gustaba la medicina, la arqueología, incluso postulé a Biología en San Marcos y no ingresé. Luego de un segundo intento, en 1995 ingresé a la Escuela de Bellas Artes, para entonces tenía tres buenos amigos pintores, Paco Vélchez, Giorgio di Giovanni y Manuel Villena, pintores extremadamente diferentes a los primeros que conocí en casa de mi tío Romeo, jóvenes egresados de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). En el primer año de Escuela, un amigo, de raíces ayacuchanas, me habló por primera vez de Pablo Macera y su libro *Visión histórica del Perú*, él vivía conmovido con aquel libro y yo copié su admiración. Habían nacido mi aprecio por su personalidad y su obra; encontré un primer artículo en la revista *Las Américas*, pensé entonces, un personaje para verlo de lejos, conocerlo, seguro, imposible, nunca. Entre los librerías de la avenida Grau encontré *Visión histórica del Perú*. Me gustó en primera que fuera

¹ Este testimonio fue concluido en el distrito de Amarilis, Huánuco, en julio de 2021.

dedicado a José María Arguedas, ya había leído *Los ríos profundos*, esperaba ser un poco mayor para viajar a Chalhuanca, conocer el sur. Los estudios en la Escuela de Bellas Artes iban pasando y entre las compras que hacía en el jirón Quilca y Amazonas, juntaba *Trabajos de historia* y un librito de nombre raro *Santero y caminante*. Terminé la Escuela el año 2000 y lo que fui sabiendo de Pablo Macera fue a través de las noticias y su trabajo con la obra de Víctor Churay Roque, entonces recién la idea de conocerlo alguna vez, quien sabe, escucharlo, enseñarle algo de lo que hacía, apareció en mi mente; un meteorito alumbrando mi oscuro cielo. Luego supe por un amigo, que Macera trabajaba al frente de la Escuela de Bellas Artes, en la casona adornada de gallinazos llamada Colegio Real. Los años pasaban y la vida con ella siguió yéndose.

En noviembre de 2004, Nanda Leonardini y mi amigo Freddy Cabanillas organizaron el Primer congreso latinoamericano de Ciencias Sociales y Humanidades: *Imagen de la muerte*, en la Ciudad Universitaria de San Marcos, como parte de las ponencias mostrarían algo de imágenes sobre el tema muerte, entonces Freddy me invitó a mostrar algunos de mis dibujos a tinta y acuarela, pero debido a las distancias entre San Marcos y la Escuela de Bellas Artes, no vi cómo se expusieron en el evento.

Una tarde, cuando me encontré con Freddy, seguro para un café o un chifa en el centro de Lima, o devolverme los dibujos, me dijo: *Pablo Macera quiere conocerte, ¿le gustaron tus dibujos!* Una grata sorpresa, como un sueño de no creer, sobre todo en nosotros acostumbrados a romper sueños. Muchas preguntas y sobre todo miedos en torno al encuentro, tantos años pasados dejaron de significar alguna distancia, las preguntas eran ¿Qué le hablaría? ¿Le gustaría el resto de mi obra?

El primer encuentro se dio en la casa de Manuel Munive, amigo entrañable, improvisamos una especie de taller *en su casa*, llevé dibujos recientes y antiguos, incluso desde antes de ingresar a la Escuela de Bellas Artes, traje muchas obras pintadas sobre cartulinas escolares, técnicas mixtas, improvisadas bitácoras, hojas cortadas en serie, partes de periódicos pintados, dibujos considerados ingenuos, etc. recuerdo que por esos días había fallecido el poeta Francisco Bendezú. Había hecho un dibujo suyo en una bitácora, al mostrarle y hablar del dibujo de *Paco*, se entristeció, entendí la pena de los amigos, lo difícil de ser poeta en el Perú. Desde entonces quedamos en vernos, no recuerdo si los martes o jueves en la tarde, reuniones que duraban una hora; don Pablo llegaba puntual, casi siempre solo, en esos tiempos tenía un auto que le esperaba; le abría la puerta de esa casa con pasadizos largos, subíamos al tercer piso y se sentaba en un sillón rojo. El mejor mueble que podíamos ofrecerle, se había usado en una película de Francisco Lombardi, amigo de Manuel. Ese edificio antiguo, está en pie hoy en día. No recuerdo si nos tomaron alguna fotografía, fueron varios meses de encuentro, interrumpidos por un viaje mío a un trabajo de proyección social en la mina Cobriza, en la provincia de Churcampa, Huancavelica. Uno andaba al acecho de cualquier oferta laboral, sin importar el rincón del país. El lugar de las visitas se ubicaba en la cuadra 10 de la avenida Venezuela, años después sería en el Seminario de Historia Rural Andina en el Colegio Real donde retomáramos las visitas a don Pablo Macera.

Desde el inicio supo que la casa de Manuel, no era taller mío, efectivamente, seguía siendo un pintor sin taller, solamente con la mochila en la espalda; una tarde planteó conocer mi casa, deseaba conocer el lugar donde trabajaba, como era mi espacio taller, programamos el día y fuimos a la casa-cuarto-taller, con una cama que tenía debajo muchas cajas con dibujos. Entonces vivía a la altura de la cuadra 20 de Próceres de la Independencia en San Juan de Lurigancho, casa de la mamá Flor, distrito donde sigo llegando siempre que regreso a Lima. Recuerdo que fui a recogerles, a don Pablo y Sara su esposa, al Colegio Real, fuimos en su auto, yo como el guía. Tenía cajas con dibujos, muchos *experimentos* y *procesos*, obras que consideraba fallidas, solo

de aprendizaje. Don Pablito miraba los trabajos y elegía algunos, luego de juntarlos, me pedía los precios. Era emocionante ver pasar las obritas, ver como su mano elegía una y realizaba un montoncito cerca de él. Cada vez, la atención hacia las cosas hechas antes de la época de estudiante iba teniendo su turno y por muchas de ellas, una emoción aparecía en mi mirada y la de don Pablo. No entendía qué encontraba en ciertas obras, varias me parecían técnicamente en aprendizaje, pero él tenía el ojo, yo un poco más de 25 años.

Luego de varias visitas, fuimos agarrando confianza, la mano ya no me sudaba y tenía confianza por mostrarle los trabajos más escondidos y extraños, así, se fue dando la posibilidad de proponer una exposición, me daba temor y emoción la idea de una exposición personal, entonces, Freddy Cabanillas y Manuel Munive le propusieron a Don Pablo Macera la muestra en el Seminario de Historia Rural Andina (SHRA), imagino que fue Freddy, él estaba más cerca de San Marcos. Para ese momento, podía hablar que mi amistad con don Pablo había crecido. Aceptó que realizara una muestra individual en la sala del Seminario de Historia Rural Andina, se comprometió a escribir el texto. Mis amigos Freddy y Manuel realizaron las coordinaciones con Sofía Pachas, quien junto con don Pablo fueron los curadores de la exposición. A don Pablo le interesaban los procesos y las ideas, recuerdo que apreciaba mucho más el trabajo hecho en paralelo al estudio académico, seleccionaba con libertad trabajos recientes y pasados. Muchas obras habían sido realizadas en soportes sencillos como cartulinas escolares que compraba por medio ciento siempre que podía, sobres de invitaciones, papel *bulki*, muchas pintadas con témperas, pintura de pared, dibujos a carboncillo. Don Pablo preguntaba cosas técnicas, a veces decía: «¡Interesante!» «¿Qué estabas pensando?» «¡Cuántas cosas pueden salir de este trabajo!» Poco a poco, visitando el Seminario de Historia Rural Andina, hicimos amistad con Yolanda, Norma, Don Miguel, Juan Zarate, Rosaura y Casanto.

Con esos trabajos de egresado, estudiante de arte y aprendiz de pintor, se preparó la exposición en la sala del SHRA, se llamó *Caza de Silencio*, tomado de un eternamente inédito poemario ajeno. Esta exposición duró del 6 de mayo al 23 de junio del 2006. El día de la inauguración de la muestra, estaba sentado a 16 horas de Lima, junto con mi amigo Chang, brindando con las estrellas a la sombra de una botella de pisco en el pueblo de Punchao que dormía. Trabajaba ese año, en una de las escuelas de arte de la Operación Mato Grosso, obra fundada por el sacerdote salesiano Ugo de Censi, en las alturas de Chacas en Ancash. Recuerdo haber logrado bajar a Lima y ver la exposición, muchos de los papeles expuestos los terminé de recoger el año 2010, todo perfectamente conservado y custodiado.

Me ausenté de la civilización por más de cinco años, por motivos estrictamente inexplicables, don Pablo, fue uno de los pocos amigos que comprendió ese silencio y se alegró cuando el 2010 regresé como si hubiera sido ayer, como si nada hubiera pasado; volví primero solo, luego con Elita, mi esposa, luego con Fátima, nuestra primera hija y poco después con Elita esperando a Bernadette. Con don Pablo y Sarita renació una amistad que nos hacía llamarlo don Pablito. Visitamos su casa en Chaclacayo, almorzamos rodeados de obras de Carmelón Berrocal, escuché con atención su profunda preocupación por nuestro país, aprendí a querer y sufrir más esta patria. Siempre que lo visitaba cumplía un no tan sencillo ritual, llegar con trabajos nuevos de formato que me permita el viaje y oírle decir: «¡Interesante!» Y un libro de su autoría conseguido con la ayuda de la providencia en los caminos que van de Amazonas a Quilca, para autografiarlo. El libro que con especial cariño me firmaba era *Santero y caminante*; soy coleccionista de *Santero y Caminante* (figuras 2 y 3), un recuerdo vivo, ahora de él y don Jesús. Don Pablito, como le llamábamos con cariño junto con Elita, poco a poco, fui dándome cuenta que era mi confesor artístico.



Figura 2. Colección personal de ejemplares de la obra Santero y Caminante. Fotografía: Israel Tolentino.

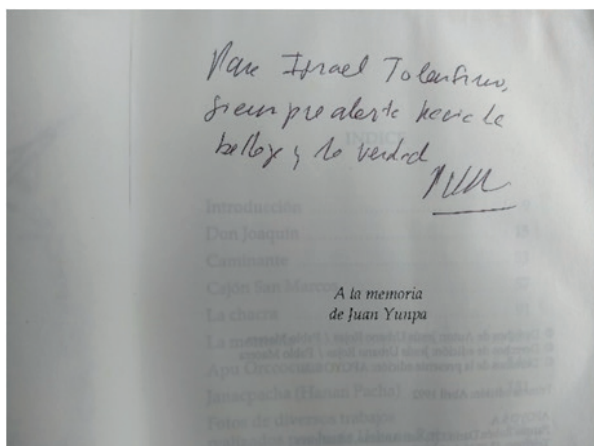


Figura 3. Dedicatoria firmada por Pablo Macera: «Para Israel Tolentino, siempre alerta hacia la belleza y la verdad». Fotografía: Israel Tolentino.

El 2017, luego de dos años de trabajo y otro tanto buscando una oportunidad de sala de exhibición, presenté la individual *Waqaypata* un homenaje en vida a don Pablo Macera, inauguración que contó con su presencia y logró firmar un libro de *Santero y caminante* dedicado a la Casona de San Marcos. *Waqaypata* fue una muestra dedicada a la figura de Tupac Amaru II, inspirada en el texto *Túpac Amaru San Isidro Pentecostés*, publicado el 2007.

Vivimos una época de velocidad, donde cambiar cada segundo, es la premisa; donde ser *borderline* es lo normal, donde la anormalidad guía la existencia, y creo que por ese lado va la pretensión artística, importando la cosa y el ser humano cada vez menos. Creo, como dice Juan Javier Salazar, que «la obra debe hacerse con la vida». Las *obras* deben darnos respuestas que sean más difíciles de entender y leer que las preguntas, hay una poesía, un halo, un misterio, un duende que estamos olvidando.

El ISHRA, como se denomina hoy en día al SHRA, es una vocación silenciosa de investigador, sin hacer alarde produce mucha investigación original de primer nivel, tiene una perseverante mirada por la producción cultural marginada o descuidada por el *establishment*, un sentir genuino de lo humano y peruano. Admiro la mirada que tienen, no se encandilan con la moda, siempre miran más allá de lo obvio, como todo lo que conlleva la vocación. En el medio artístico de hoy, hay espacios llamados alternativos, el SHRA siempre lo ha sido.

Desde el 2019, don Pablito, no está en ese maravilloso espacio rodeado del aura del Perú, de esos libros con marcadores hechos de papel, sentado para conversar junto a un Amaru escondido en un tronco traído del centro del país.

Continúo, siempre que logro bajar a Lima, buscando entre los librerías de Amazonas, algún libro de su autoría. En mi familia, en la voz de mis hijitas, entre los libros, el trabajo artístico, en mi corazón, el nombre de «don Pablito» y su sonrisa, viven.

Israel Miguel Tolentino Cotrina

israeltolentinocotrino@gmail.com

Escuela Superior Autónoma de Bellas Artes

Publicado online: 27/12/2021